

## LA HISTORIA POLÍTICA: SU REDEFINICIÓN A LO LARGO DEL TIEMPO Y LA BÚSQUEDA DE NUEVAS FUENTES DOCUMENTALES

Marta Philp \*

La historia política fue, por mucho tiempo, el rostro dominante de la historia científica. Desde la revolución historiográfica de fines del siglo XIX, protagonizada en el ámbito académico alemán por historiadores como Von Ranke, la historia tuvo como tarea “exponer como ocurrieron, en realidad, las cosas”. Como manifiesta Burke<sup>1</sup>, los historiadores iban apartándose no sólo de la teoría social sino de la historia social. El alejamiento de lo social puede explicarse de varias maneras: en primer lugar, fue en ese período cuando los gobiernos europeos empezaron a ver la historia como un medio para impulsar la unidad nacional, como medio de educación de la ciudadanía o como un medio de propaganda política. Se impuso una visión instrumental de la historia, visión largamente conocida desde los comienzos de esta disciplina. Una segunda explicación del predominio de la historia política es intelectual. La revolución historiográfica, asociada con Ranke, fue una revolución de las fuentes y los métodos, una profesionalización de la disciplina, una respuesta a las exigencias de cientificidad planteadas desde el modelo de las ciencias naturales. Desde esta perspectiva, los hechos históricos parecían reducirse a los hechos políticos; la historia social, basada en las costumbres de los pueblos, las motivaciones y percepciones de los individuos, tendrá que esperar otras revoluciones historiográficas.

Paralelamente a la consolidación de la historia política, desde una disciplina nueva, la sociología, surgieron las críticas a la misma. Así, Simiand, en 1903, desde el espacio académico francés, escribió un artículo polémico contra los tres ídolos de la tribu de los historiadores: el ídolo de la política, el ídolo del individuo y el ídolo de la cronología, rechazando la historia centrada en los acontecimientos.<sup>2</sup> En este ámbito, unas décadas más tarde, Marc Bloch y Lucien Febvre, iniciadores de la escuela de los Annales, plantearon un nuevo tipo de historia, más amplia y más humana, un paradigma opuesto al de la “historia

---

\* Escuela de Historia Facultad de Filosofía y Humanidades y CEA-UNC.

<sup>1</sup> Burke, 1997: cap. 1. Teóricos e historiadores.

<sup>2</sup> Burke, 1997: 22.

historizante”.<sup>3</sup> Febvre, en *Combates por la historia*, dice: “La historia historizante exige poco. Muy poco. Demasiado poco para mi y para otros muchos. Esta es nuestra queja; pero es sólida. La queja de aquellos para quienes las ideas son una necesidad. Las ideas, esas valientes mujercitas de las que habla Nietzsche, que no se dejan poseer por hombres con sangre de rana”.<sup>4</sup> La historia es definida como “el estudio científicamente elaborado de las diversas actividades y de las diversas creaciones de los hombres en el tiempo... La historia se interesa por hombres dotados de múltiples funciones, de diversas actividades, preocupaciones y actitudes variadas que se mezclan, se contrarían y acaban por concluir entre ellas una paz de compromiso, un *modus vivendi* al que denominamos Vida”.<sup>5</sup> Esta forma de definir la historia tiene, por lo menos, dos consecuencias teórico-metodológicas: la primera es que la historia no se agota en la historia política sino que incluye varias dimensiones de la vida humana; la segunda es que la historia como estudio científicamente elaborado debe plantear problemas y formular hipótesis; es el historiador quien da luz a los hechos históricos. Su tarea no es recopilar hechos evidentes por sí mismos sino construirlos. Así, el hecho histórico deja de ser sinónimo de hecho político para presentar una imagen mucho más compleja. Dentro del proyecto de los *Annales*, la historia política, identificada con la “historia historizante”, pasó a ocupar un lugar marginal. A pesar que se postulaba una historia total, la historia que predominaba era, fundamentalmente, la económica y social. Sin embargo, historiadores pertenecientes a la corriente annalista no dejaban de plantear interrogantes acerca de las formas de la historia política. Así, Braudel, el historiador del Mediterráneo decía que “la historia política no es forzosamente acontecimental, ni está condenada a serlo”<sup>6</sup>; con anterioridad, Bloch manifestaba: “habría mucho que decir sobre esta palabra “política”. ¿Por qué reducirla fatalmente a sinónimo de superficial?”.<sup>7</sup>

Así, la historia política, protagonista privilegiada de la revolución historiográfica del siglo XIX, fue eclipsada, desde una propuesta como la de *Annales*, por una historia social que consideraba las acciones políticas de los hombres como unas más entre otras que se presentaban más decisivas para sus vidas; por otra parte, desde el marxismo, la política se convirtió en un epifenómeno

---

<sup>3</sup> Nombre dado por Henri Berr, fundador en 1900 de la *Revue de Synthèse Historique*, a la historia que se define como ciencia de lo particular. En el mismo sentido, Febvre expresa que “un historiador que rehúsa pensar el hecho humano, un historiador que profesa la sumisión pura y simple a los hechos, como si los hechos no estuvieran fabricados por él, como si no hubieran sido elegidos por él, previamente, en todos los sentidos de la palabra “escoger” es un ayudante técnico. Que puede ser excelente. Pero no es un historiador”. Febvre, 1992: 179-180.

<sup>4</sup> Febvre, 1992: 181.

<sup>5</sup> Febvre, 1992:41.

<sup>6</sup> Julliard, 1979: 239.

<sup>7</sup> Julliard, 1979: 239.

de los aspectos determinantes, de la infraestructura, en parte de la superestructura.<sup>8</sup> A partir de la década del setenta comenzaron los signos de lo que puede considerarse un tercer gran momento dentro de la historia de la historia, un momento difícil de ser evaluado ya que aún sigue su curso. Chartier plantea que la “historia conquistadora”<sup>9</sup> descansaba en dos grandes proyectos: en primer lugar, la aplicación al estudio de las sociedades antiguas o contemporáneas del paradigma estructuralista, se trataba de identificar las estructuras y las relaciones que, independientemente de las percepciones y las intenciones de los individuos, organizaban las relaciones sociales; había una separación radical entre el objeto del conocimiento histórico y la conciencia de los actores. En segundo lugar, se buscaba someter a la historia a los procedimientos del número y la serie con el fin de formular rigurosamente las relaciones estructurales. Como efectos de esta doble revolución, concluye Chartier, “la historia se alejó de una mera cartografía de particularidades y de un simple inventario de hechos singulares”. Este tercer momento en la historia de la disciplina está signado por el cuestionamiento de los supuestos que sustentaban la “historia conquistadora”; en lugar de una sola historia, se plantea la existencia de muchas historias y una nueva discusión sobre viejos temas tales como la naturaleza de la producción historiográfica, el estatuto del texto histórico, la posibilidad misma del conocimiento del pasado, entre otros.<sup>10</sup>

¿Qué espacio ocupa la historia política en los nuevos mapas de la disciplina? En el contexto de una obra colectiva que “tiene la ambición de clarificar la historia por hacer”<sup>11</sup>, Julliard se pregunta si el retorno de lo político no es la consecuencia de un incremento de su papel en las sociedades modernas y manifiesta que “la cuestión no estriba ya en saber si la historia política puede ser inteligible sino más bien saber si en adelante puede existir una inteligibilidad en historia fuera de la referencia al universo político”. Desde el horizonte de una historia total, este historiador considera que “la historia política, instrui-

---

<sup>8</sup> La síntesis no nos exime de destacar algunas excepciones dentro de esta caracterización del marxismo. En épocas tempranas, Gramsci se preocupó por otorgar un lugar destacado a la política.

<sup>9</sup> Con el nombre “historia conquistadora”, Chartier hace referencia al modelo de la historia como ciencia social, consolidado a lo largo del siglo XX y cuestionado a fines del mismo. Chartier, 1996: 20.

<sup>10</sup> Los siguientes textos presentan con claridad el estado de la cuestión: Chartier, 1996; Sábatto, 1995, “La historia en guerra ¿Hacia una nueva ortodoxia?”, *Punto de Vista*, N° 51, Buenos Aires, abril de 1995; Iggers, Georg, 1998, *La ciencia histórica en el siglo XX*, Idea Universitaria, Barcelona.

<sup>11</sup> Hacemos referencia a los textos compilados por LeGoff, J. y Nora, P., 1979, que se proponen promover un nuevo tipo de historia donde la novedad derivaría de tres procesos: 1-nuevos problemas que ponen en tela de juicio a la misma historia; 2- nuevos enfoques que modifican, enriquecen o trastornan los sectores tradicionales de la historia y 3- nuevos temas que aparecen en el campo epistemológico de la historia.

da por su larga andadura en el caos acontecimental, podría evitar al conjunto de los historiadores, la larga travesía del desierto sistémico, aportándoles una contribución esencial a la interpretación global del cambio”.<sup>12</sup>

El retorno de lo político y de la historia política no significa regresar al modelo propuesto por la “historia historizante”; los desafíos son muchos, la historia política tiene que fortalecerse en un contexto de crisis de los modelos globales de análisis tales como el estructuralismo y el marxismo; sin embargo, dicha crisis es a la vez la condición de posibilidad de una nueva historia política que reivindique su autonomía como objeto de estudio, que reclame un espacio propio a partir de la revisión de los “viejos” modelos (estructuralismo y marxismo) y de una mirada crítica y atenta frente a la “novedad” de las propuestas teóricas actuales.

La crisis de los modelos globales dejó al descubierto a los individuos cuya imagen se desdibujaba tras una rígida concepción de clase o de estructura social. La historia política, al igual que las demás historias, tiene la tarea de redefinir su objeto de estudio y dicha redefinición exige la búsqueda de nuevas fuentes documentales que complementen a las fuentes escritas de la historia tradicional. Desde esta perspectiva, las fuentes orales se convierten en un aporte central para reconstruir las percepciones de los individuos acerca de los diferentes procesos de la historia política, una historia política que, para su consolidación, necesita de los aportes de las demás ciencias sociales. La entrevista, uno de los instrumentos para construir fuentes orales, no debe constituirse en un fin en sí mismo sino en un medio para escribir, en función de nuestra opción, una historia política más compleja, que se funde, como expresa Joutard, en “una triple confrontación: confrontación con la documentación escrita, confrontación con otros testimonios, confrontación con las diversas fases del discurso del testigo”.<sup>13</sup>

Mucho se ha escrito sobre la debilidad de las fuentes orales, sobre los peligros de sus usos para la objetividad de la historia; como plantea Gwyn Prins<sup>14</sup>, para quienes sostienen este punto de vista, la información oral representa la segunda o tercera opción, su papel se limita a facilitar historias de segunda categoría sobre comunidades con pobres fuentes de información. Sin embargo, frente a esta perspectiva, otros historiadores, como Jan Vansina, expresan que la relación entre las fuentes escritas y las orales no es “semejante a la de la diva y su suplente en la ópera: cuando la estrella no puede cantar se le concede una oportunidad a ésta, cuando la escritura no existe, se acude a la tradición. Esto es una concepción errónea. Las fuentes orales ayudan a corregir otras perspec-

---

<sup>12</sup> Julliard, 1979: 257.

<sup>13</sup> Joutard, 1999: 73.

<sup>14</sup> Prins, 1999: 145.

tivas, de la misma forma que las otras perspectivas la corrigen a ella”.<sup>15</sup>

Así, como manifiesta Prins, “la fuerza de la historia oral es la de cualquier historia que tenga una seriedad metodológica. Esta fuerza procede de la diversidad de las fuentes consultadas y de la inteligencia con que se han utilizado... Todos los historiadores nos encontramos ante ese mismo desafío”.<sup>16</sup> Compartiendo estos desafíos, con la creación del Archivo de la Palabra de la Universidad Nacional de Córdoba nos propusimos generar un espacio para articular las relaciones entre historia política y fuentes orales. A partir del mismo, intentamos aportar a la reconstrucción de la historia contemporánea de Córdoba atendiendo, entre otros aspectos, a las percepciones que los actores sociales tuvieron sobre determinados procesos políticos, a la forma en que los mismos interpretaron y reelaboraron esas experiencias y a la incidencia que esa elaboración tuvo sobre sus prácticas políticas.<sup>17</sup>

#### BIBLIOGRAFÍA

- Aceves Lozano, Jorge (comp.), 1997, *Historia oral*, Antologías Universitarias, Instituto Mora, México.
- Burke, Peter, 1997, *Historia y teoría social*, Colección Itinerarios, Instituto Mora, México.
- Burke, Peter, 1999, *Formas de hacer historia*, Alianza Universidad, Madrid.
- Chartier, Roger, “La historia hoy en día: dudas, desafíos y propuestas”, Clavari, I. y Caspitegui, F. (comp.), 1996, *La nueva historia cultural. La influencia del posestructuralismo y el auge de la interdisciplinariedad*, Ed. Complutense, Madrid, pp. 19 a 33.
- Febvre, Lucien, 1992, *Combates por la historia*, Editorial Ariel, Barcelona.
- Iggers, George, 1998, *La ciencia histórica en el siglo XX*, Idea Universitaria, Barcelona.
- Julliard, Jacques, “La política”, Le Goff, Jacques y Nora, Pierre, 1979, *Hacer la historia*, Vol. II, Ed. Laia, Barcelona, pp. 237-256.
- Joutard, Philippe, 1999, *Esas voces que nos llegan del pasado*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- Moss, William, “La historia oral: ¿qué es y de dónde proviene?”, Schwarzstein, Dora, 1991, *La historia oral*, Introducción y selección de textos, Centro Editor de América

---

<sup>15</sup> Cit. en Prins, 1999: 146-147

<sup>16</sup> Prins, 1999: 172.

<sup>17</sup> El Archivo de la Palabra de la UNC es dirigido por César Tcach. Actualmente, el equipo de trabajo, integrado por César Tcach, como director, Ofelia Pianetto, como co-directora y Alicia Servetto, Gabriela Closa, Ana María Martínez y Marta Philp, trabaja en un proyecto titulado “Las fuentes orales: uno de los recursos posibles para escribir la historia contemporánea de Córdoba”, que cuenta con subsidio de la SECyT de la UNC.

- Latina, Buenos Aires, pp. 21 a 35.
- Perks, R. y Thompson, A. (edit.), 1998, *The oral history reader*, Routledge, London and New York.
- Portelli, Alessandro, “Lo que hace diferente a la historia oral”, Schwarzstein, Dora, 1991, *La historia oral*, Introducción y selección de textos, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, pp. 36 a 52.
- Prins, Gwyn, “Historia oral”, Burke, Peter, 1999, *Formas de hacer historia*, Alianza Universidad, 3° reimpresión, pp. 144 a 176.
- Sábato, Hilda, 1995, “La historia en guerra ¿Hacia una nueva ortodoxia?”, *Punto de Vista*, N° 51, abril 1995, Buenos Aires.